

Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



Capítulo 5



Pontificia Universidad Católica del Perú

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

La cátedra y el ejemplo: José Agustín de la Puente Candamo, maestro de generaciones

Joseph Dager Alva

Pontificia Universidad Católica del Perú

Debo confesar que entiendo como un honor inmerecido, sumarme al homenaje por los cincuenta años de labor docente del doctor José Agustín de la Puente Candamo, quien es, para mí, un inolvidable maestro.

Fui alumno por primera vez del doctor de la Puente en marzo de 1991. El recuerdo lo conservo muy claro en la memoria: cursaba el último año en la Facultad de Estudios Generales Letras; serían las diez de la mañana; el aula L-102; el curso Historia del Perú II; el tema, su predilecto: Independencia y República. A medida que transcurrían las semanas con las sugerentes y cautivantes reflexiones que conforman toda exposición del doctor de la Puente, se incrementaba mi decisión profesional y la opción por la docencia. "¡El profesor vive la historia!", se solía comentar, dando a entender que el doctor lograba hacernos sentir muy de cerca el momento histórico estudiado; éramos partícipes de los hechos, de su interpretación y sobre todo del significado que adquirirían en nuestra realidad actual. Vienen a mi mente su comprensión sobre los difíciles tiempos de la Emancipación, sus comentarios sobre los inciertos primeros años de la República o la lectura emocionada de aquella dramática carta que Miguel Grau dirigiera a su esposa, ejemplo de valor y patriotismo. En verdad, llegaba a su auditorio, que es acaso la principal cualidad de todo pedagogo.

Me evoco tímido, no preguntaba; aún más, no intervenía en los temas de debate que constantemente el doctor de la Puente estimulaba. Pero, al igual que muchos, lo buscaba al final, y el doctor, más que pedagogo, maestro cercano, nos ampliaba algunas de sus reflexiones, nos recomendaba bibliografía adicional, nos invitaba a su oficina. Disculpen estos recuerdos íntimos, pero es que nos hacía sentir personas; y poco a poco íbamos comprendiendo que la formación universitaria no podía limitarse al aula de clases.

A partir de aquella experiencia, y ya desde la especialidad de Historia, he sido testigo de cómo asume, en íntima relación, su amplia trayectoria de historiador con su quehacer docente. El doctor de la Puente siempre ha mostrado una generosa disposición para con sus alumnos, en las aulas o fuera de ellas, permanentemente dispuesto a resolver interrogantes, animar vocaciones, comentar nuestros iniciales trabajos, proponer nuevas ideas y así ampliar nuestros horizontes; a facilitarnos libros incluso por tiempo indefinido, y que hoy –por cierto– prometo devolverle uno que está en mi poder hace algunos meses.

Herederero y con plena adhesión a las líneas fundamentales del pensamiento de José de la Riva-Agüero y Víctor Andrés Belaunde, ha logrado consolidar su propia concepción de la historia patria, con especial atención en la etapa de la Emancipación. Es un convencido de la existencia real de la nación como una comunidad espiritual y de intereses que llevó a nuestros abuelos, para utilizar su expresión, a separarse políticamente de España. Sin embargo, inmediatamente nos advierte que esta separación no significaba –ni tenía porqué– un desdén o rechazo a la cultura occidental. No se cansa de repetirnos que “la independencia es contra el dominio del rey de España, no contra la obra de España en América”. Y es que el doctor de la Puente nos ha enseñado cómo es posible conciliar la urgencia de la separación con la realidad mestiza del Perú.

El Perú que se rebela es un Perú mestizo, atravesado en lo más hondo por dos tradiciones culturales, la andina y la occidental. La intención de los que planearon la Independencia no fue un regreso al pasado; fue más bien una apuesta al futuro, una opción por una vida en común que incluyera la posibilidad del autogobierno; apuesta que por cierto no todos vislumbraron al mismo tiempo.

En esa medida, hemos aprendido que la Independencia es un proceso, como tal, de larga duración, que germina en las postrimerías del siglo XVIII, y que alcanza su máximo desarrollo en las fechas por todos conocidas. Como proceso, no se limita a la realidad social y económica, sino que tiene que ver con cuestiones más profundas: es una apuesta personal. Por ello, el doctor de la Puente siente particular simpatía en difundir el pensamiento doctrinal de los hombres integrantes de este proceso. Sus libros, sus clases, la observación académica, la conversación cotidiana nos han hecho comprender que en la Independencia, como en todo suceso histórico, no podemos descuidar el contexto peculiar de la época y de los personajes que la vivieron.

Gracias a las enseñanzas del doctor de la Puente, creemos con convicción que los precursores, los que participaron directamente y los que conocieron la República son hombres de transición. Su apuesta no fue fácil, y probablemente en algunos casos tampoco inmediata. Supuso el convencimiento individual, exigió pues, una evolución interior, decisiones de los actores que allí participaron. Cambios y también continuidades en la mentalidad de los protagonistas. La etapa de la Independencia es una época de transformaciones en la estructura mental. No es raro, por tanto, que en aquellos peruanos podamos encontrar a los que creyeron en la empresa casi desde el principio, junto con los otros, que tardaron un poco más en convencerse.

Los hombres de transición, se adecúan al momento histórico en el que se ven inmersos, pero esta adecuación dista mucho de ser convenida o interesada. Es más bien, el resultado del proceso interior al que hacíamos referencia. El hombre es el mismo. Nació y vivió durante la etapa colonial, en muchos casos fue servidor fiel de la Corona; y ahora, con la naciente República se le presenta un orden alternativo y nuevo, que debe asumir primero y antes que nada, interiormente. Ello implica el proceso. Es lo que el doctor de la Puente ha descrito de excelente manera, con la significativa frase: "fidelidad angustiada". Luego vendrá la apuesta decidida.

El doctor José Agustín de la Puente conoce en su verdadera dimensión la real importancia que adquiere la investigación histórica en un país que se enorgullece de sí mismo, por lo que, con tesonera paciencia, nos ha inculcado la fidelidad a las fuentes documentales y la interpretación serena y objetiva. Ciertamente, en su labor docente está muy presente su vocación peruanista: desde el trabajo científico, la cátedra universitaria y la labor de proyección del Instituto Riva-Agüero, el doctor de la Puente ha contribuido a formar lo que llamamos Perú. Quiere, junto con Riva-Agüero, Belaunde y Basadre, que amemos sincera, racional y emocionadamente a la patria; hacernos entender que nuestro país ha tenido sombras, pero también muchos momentos llenos de luces. Han habido en la historia del Perú, hombres equivocados y héroes totalmente acreditados. Y en efecto, sólo la comprensión cabal de nuestro pasado, visto así, puede ayudarnos a entender mejor el presente.

Catedrático ejemplar, siempre cercano nunca distante, forjador de valores tanto a través de su obra como de su vida personal, el doctor José Agustín de la Puente Candamo merece sobradamente el título de Maestro: transmite conocimientos y forma con el ejemplo. Su minu-

ciosidad en el trabajo histórico, su honradez intelectual, sus virtudes para la cátedra, su vida cristiana, han fomentado, qué duda cabe, un sinnúmero de vocaciones históricas y humanistas en general. Ha sabido mantener y proyectar una línea coherente de pensamiento, posee firmes convicciones y en sus clases las comparte plenamente. Sin embargo, es un profesor abierto, llano a la opinión discrepante y tenaz inspirador del fructífero diálogo entre las diversas generaciones. Su conducta nos ha enseñado que la educación debe ser integral y no excluyente.

Al terminar estas breves palabras, debo lamentar que las mismas sean sólo un pálido reflejo de los sentimientos de deuda y gratitud de todos aquellos que hemos sido sus alumnos, y de anhelada esperanza de alcanzar a reconocernos como sus discípulos.